Tucumán

En las sendas del Tafí

Desde la capital de la provincia, un viaje inolvidable a los Valles Calchaquíes. Entre cerros y quebradas, diques y ríos, vacaciones de verano en Tafí del Valle y excursiones a pueblos con mucha historia.

Lunita calchaquí

Desde San Miguel de Tucumán, un viaje inolvidable a los Valles Calchaquíes, donde aún resuenan entre los cerros las coplas de los musiqueros. Bajo la luna o el sol tucumano, la senda del Tafí lleva a los visitantes a través de impactantes paisajes y tranquilas villas hasta Tafí del Valle, el "pueblo de la entrada espléndida", como bien lo bautizaron los diaguitas.

Alrededores de Tafí del Valle. La "entrada espléndida" a un pueblo con mucha historia.

Verano en Tucumán, la provincia más pequeña del país que concentra en su territorio siglos de historia y una geografía privilegiada por la diversidad de sus paisajes. Aunque apriete el calor, el "Jardín de la República" sigue siendo un jardín donde los umbrosos cerros verdes, ríos, arroyos y espejos de aguas se combinan con las rocosas montañas y quebradas de los Valles Calchaquíes.

Si bien desde la capital tucumana, cualquier rumbo desemboca en atractivos lugares que atrapan a los viajeros, bien vale la pena recorrer los 107 kilómetros de la ruta provincial 307 hacia Tafí del Valle, un camino que atraviesa una exuberante zona selvática y desemboca en el semiárido paisaje calchaquí donde está enclavado Taktillakta, el "Pueblo de entrada espléndida", palabra fundadora del Valle hace 2500 años, cuando así lo bautizó la estirpe diaguita. La cultura precolombina que pervive en los museos de sitio, como "La Bolsa", o los de piezas arqueológicas, como "La Banda", cimientan a Tafí del Valle, transformándolo en un verdadero portal de los Valles Calchaquíes.

Ya lo dijo don Atahualpa Yupanqui en sus canciones, y en esto no hay exageración. Desde el suelo al cielo de Tafí, el viajero descubre el paisaje asombroso de los Valles Calchaquíes. En sus quebradas escucha el rumor de los arroyos y el murmullo sibilante de los sauces como un eco que se funde con la tonada del lugareño, que habla desde una interminable copla. En ese escenario, contenido entre los cerros Ñuñorco (que significa Pechos de Mujer), el Muñoz y las cumbres de Mala-Mala, se encuentra el Valle de Tafí.

HACIA TAFÍ. Si nuestro viaje comienza en San Miguel de Tucumán, es conveniente asesorarse antes de partir en "La Casa del Turista", 24 de Setiembre 484, donde se pueden obtener mapas e información sobre alojamiento y lugares para comer. Luego, con rumbo sur por RN 38, que en sus primeros tramos tiene traza de autopista, se llega hasta Acheral, distante 45 kilómetros, donde se gira hacia el oeste para empezar el ascenso por la ruta 307 hacia los Valles Calchaquíes. El camino a transitar es de cornisa y se adentra, de a poco, en un paisaje enmarañado, selvático, de un intenso verde, regado por manantiales que caen sobre el río Los Sosa. A poco de andar, aparece El Mollar, típico pueblo serrano, con frondosa vegetación y gente de andar cansino, sin apremios. Allí, sobre un alto morro, el secular Parque de los Menhires reúne un sinnúmero de antiquísimos mensajes escritos en el granito de enormes bloques circulares, legado de los pobladores que habitaron estos lugares hace 2500 años. Después de esta parada ineludible, sólo restan unos 3 kilómetros siempre en ascenso, para arribar a la bella Tafí del Valle.

Atrapados en la deslumbrante vista panorámica, se impone un recorrido por la ciudad de Tafí del Valle. En el casco urbano se entremezclan los estilos arquitectónicos que, en natural simbiosis, nos dan las pautas de renovación paulatina que le permitieron a Tafí del Valle convertirse en el centro turístico más reclamado de Argentina. Casonas rugosas, construidas en adobe de hechura aborigen y modernos hoteles de diseños coloniales, forman un armónico marco que invita a los paseos peatonales por entre las artesanías típicas, las exposiciones de dulces caseros, o a pausadas charlas en los numerosos bares de terrazas sombreadas.

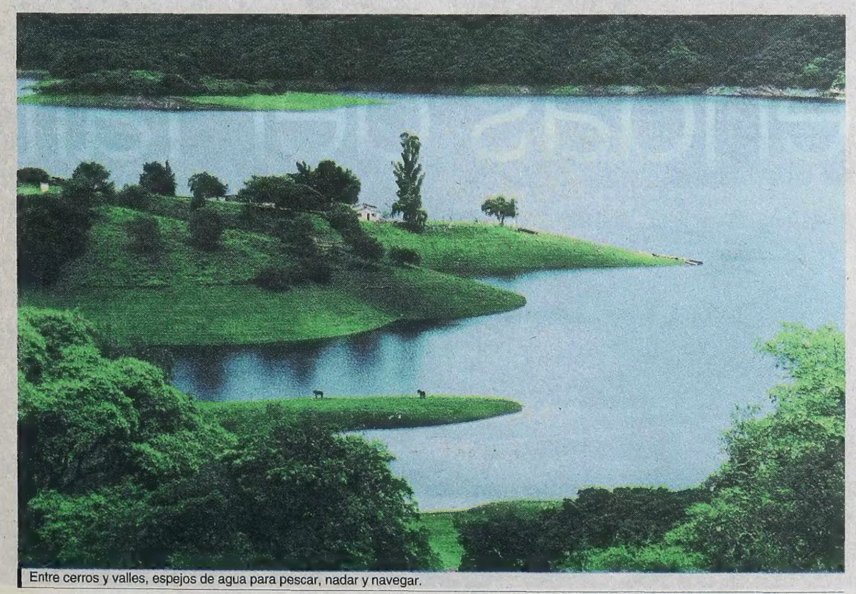
PASEOS Y AVENTURAS. Durante todo el año, el movimiento turístico en esta villa de alucinante geografía es sorprendente, no sólo por los visitantes de otras regiones del país sino también por los viajeros extranjeros que quieren conocerla. Y no es para menos, ya que hay propuestas de paseos y excursiones para todos los gustos, donde el acento se puede poner tanto en el descanso como en la aventura.

Así, la jornada puede transcurrir a lomo de un manso caballo de andar, sumándose a cabalgatas que recorren museos, tambos y otros puntos interesantes, acompañados por guías expertos en estos temas. También se pueden aprovechar estos paseos para combinarlos con safaris fotográficos, ya que los paisajes visitados son de una belleza imponente. Muchos excursionistas eligen un sencillo trekking por las suaves sendas de un valle mientras otros prefieren la aventura de trepar paso a paso agrestes senderos de montaña, o subir las cuestas pedaleando una Mountain Bike.

El contacto con la montaña es para muchos deportistas y amantes de la vida al aire libre, una necesidad no sólo física, sino también espiritual y mental. Allí, entre escarpadas paredes rocosas, se puede coronar alguna cima a través del escalamiento o llegar hasta una terraza sombreada para hacer campamentismo.

Las propuestas para turistas más arriesgados cubren también todas las preferencias: desde internarse en los bosques para hacer rappel entre los árboles o volar por los cielos colgados de un parapente, hasta poner a prueba las destrezas conductivas a bordo de una 4x4. En la zona de lomadas y cerros de considerable altura, los enduristas están de parabienes: los clubes tucumanos organizan competencias para que los audaces en sus motos voladoras surquen las cuestas marcadas para la ocasión.

Como no sólo de cerros se trata, Tafí del Valle cuenta con uno de los pocos diques de altura del país, La Angostura, embalse de reconocida calidad para la práctica de diversos deportes náuticos. En esta maravilla de la ingeniería tucumana, la pesca del pejerrey, la perca y la esquiva trucha hace el deleite de los que ponen a prueba la paciencia humana. Sobre sus plateadas superficies de aguas de montaña, se apiñan coloridos veleros



Entre cerros y valles, espejos de agua para pescar, nadar y navegar.



El cerro San Javier, en las afueras de la capital tucumana

que tensan su velamen en las competencias o navegan plácidamente entre acuáticos voladores de Fly Surfing.

RUMBO A QUILMES. Desde Tafí, el viaje puede continuar –siempre por la ruta 307– hacia la fortaleza de los quilmes. En este trayecto, el camino zigzaguea entre altas lomas y hondonadas, mientras cruza El Infiernillo, El Valle de los Cardones, Ampimpa y Amaicha del Valle, un pueblo de cantores y artesanos donde todavía se elaboran vinos pateros y algunas bebidas de alambique. A esa altura, empalma la Ruta 40 que nos acerca a la ciudadela de los quilmes, a su historia trágica, pero ejemplar.

Esta villa indígena hunde su origen mucho más atrás de lo escrito por los conquistadores que la admiraron, asombrados y perplejos, no sólo por su fortificación, sino también por su orden social, sus cultivos y sus movimientos para la guerra. Así fue que, ante el embate del español, pudo resistir más de cien años, defendiendo su libertad, a veces hasta el suicidio. Pero en 1667, los habitantes del imponente Pucara fueron trasladados, en una penosa caminata, hacia tierras bonaerenses, dando así su nombre a la actual ciudad de Quilmes.

Desde aquella nefasta fecha hasta que la ciudad fortificada volvió a ver el cielo calchaquí pasaron algunos siglos. Descubrirla fue un arduo trabajo de arqueólogos, antropólogos, topógrafos y otros investigadores, ya que el arenal y el persistente viento la habían ido enterrando. De sus vidas, sus labores y artes, podemos enterarnos a través del Museo de Sitio Doctor Juan B. Ambrosetti, donde se preservan los vestigios de esta cultura aborigen. En las afueras de esta exposición, las ásperas galerías, los intrincados senderos entre las casas, las calles y anfiteatros de la amuralla- da ciudad, nos contarán, a cielo abierto, sus costumbres, quehaceres de cocina, labradío, crianza de hacienda y un sistema de provisión de agua –guardado celosamente del enemigo– que les permitió aquella larga resistencia al conquistador.

UNA VILLA COLONIAL. Siguiendo por la Ruta 40, se llega al pueblo de Colalao del Valle, donde la historia se detuvo hace cientos de años. El pasado prehispánico dejó profundas raíces en estas tierras que habitaron los colalao, vecinos de los quilmes, diaguitas y tolombones. Asentados en la Sierra del Cajón, tenían sus dominios lindando con los amaichas hacia el Valle Calchaquí y con aborígenes catamarqueños, hacia el Valle del Yocavil. Eran amistosos cazadores y cosecheros de algarroba y otros frutos. La paz de esta región se vio alterada con la llegada del conquistador que, en su afán por someter a las tribus que encontraba a su paso, generó los enfrentamientos que llevaron a estos asentamientos primitivos a emigrar, corriendo indudablemente, una supuesta mejor suerte que los desterrados quilmes. De todos modos, una gran cantidad de hombres maduros y jóvenes aptos para el trabajo terminaron sus días en las tristemente famosas "Encomiendas", las disposiciones que emitía el rey de España, autorizando a los españoles la explotación de los indios en duras tareas.

Con el paso del tiempo, los aborígenes fueron desapareciendo y los poblados modificando su aspecto hasta convertirse en villas coloniales, de neto estilo español. Sus viviendas bajas, de paredes de adobe, techos de cañizo y barro, pegadas a la vera de aquella Ruta 40 que fue testigo de crueles comportamientos humanos, sobreviven hoy diseminadas por la región. La plaza de Colalao del Valle, enclavada en el centro del pueblo, es un apacible lugar forestado con álamos, eucaliptos y terebintos, cuya sombra invita a un descanso cuando la temperatura toca los 30º C.

La comunidad colaleña está conformada por gente sencilla, muy amistosa y hospitalaria. Los rasgos aindiados nos demuestran un origen ligado íntimamente con esa tierra de sembradíos y hermosos viñedos que proveen las uvas a las bodeguitas caseras, hacedoras de excelentes vinos pateros y otras espirituosas bebidas. También la ganadería ovina y caprina genera unos deliciosos quesillos y quesos curados en zarzos de cañizo, mientras que los frutales y nogales completan una producción artesanal en la que todo viajero puede encontrar los verdaderos sabores que regala la benévola Pachamama a través del esfuerzo de sus pobladores.



Rocosas montañas y quebradas de los Valles Calchaquíes.

Información turística

Secretaría de Turismo de Tucumán. 24 de Setiembre 484. C.P. 4000. San Miguel de Tucumán.
Servicio de Información sin cargo a todo el país: 0800-555-8828.
E-mail: turismo@tucuman.gov.ar
Internet: www.tucumanturismo.com

tardío e inútil intento de colonizar la costa patagónica a fines del 1700, temerosos de la expansión naval inglesa que ya se perfilaba como indetenible. La idea falló por falta de fondos y fue levantada por completo pocos años antes de Mayo. Río Gallegos, de todos modos, no figuró en las colonias planeadas y casi no es mencionada hasta la misión protestante de Teófilo Schmid, que armó un parlamento con varios caciques locales para negociar las actividades de la South American Missionary Society.

Lo que volvió a poner al paraje en el mapa, literalmente, fue la cuestión de límites con Chile. Hoy acostumbrados a la imagen mental de que el Pacífico es chileno y el Atlántico argentino, y la sana distensión de los conflictos fronterizos, cuesta entender el nivel de tensión que separó a ambos países por la Patagonia. Las armadas se visteaban por toda la costa, los gobiernos se bombardeaban con reclamos y afirmaciones de límites, las naves chilenas tocaban la costa atlántica de norte a sur. El capitán Luis Piedra Buena es uno de los argentinos clave en esta fase histórica, artillando islas para defender la bandera, revisando caletas y bahías en busca de construcciones que permitieran al rival reclamar posesión.

Hacia 1872, la armada vecina levantó en adobe una "capitanía" en Río Gallegos. Sería, paradójicamente, la raíz de la ciudad moderna, abandonada por los chilenos recién en 1878 cuando la escuadra del comodoro Py toma posesión efectiva de la costa al sur del río Santa Cruz, cerrando por mar lo que poco después cerraría Roca tierra adentro.

Ya para 1877 había un poblador, Agustín Coronel, que tenía su rancho en el paso Kalekaik del río Gallegos, en la ribera norte. En 1882 queda registrada la presencia de Pedro Urbine, también en el lado norte pero en el paso Ke-le–Kaiken. Al año siguiente, Manuel Coronel, que había ocupado la isla Pavón junto a Piedra Buena, se instala en la capitanía chilena con su mujer indígena, Rosa. En 1885 ya parece una multitud: el español Eugenio Fernández llega en carreta y se alberga en un rancho de adobe abandonado, y el mismo año se establece la subprefectura de río Gallegos. Este año es considerado el de la fundación formal del poblado.

Al año siguiente, el francés Gastón Voille abre el primer almacén para abastecer a los mineros del cabo Vírgenes y a los indios que pasaban por el lugar. Aparecen las primeras estancias ganaderas: las de Heberhardt, Kark, Fenton, Moyano, Hallyday, Rudd, MacGall, Bitsch. En 1887 el pueblo se transforma en capital del territorio: el gobernador Ramón Dista quiere tener más cerca los yacimientos de oro del cabo Vírgenes y convence al gobierno central de la mudanza, que se hace efectiva en 1888. La primera orden datada en Gallegos amenaza con prisión de diez días y multas de 50 pesos moneda nacional al que le vendiera armas a los indios. De ese mismo año data la escuela: era la pieza del padre José Beauvoir, que arrancó igual aunque no hubiera un edificio listo.

La ciudad ya estaba nacida, pero no deja de llamar la atención el estilo aluvional, informal de su aparición. No hubo ceremonias, no surgió por decreto o voluntad de un adelantado en campo abierto. Fue alzándose de a poco, de rancho en rancho, sin demasiado plan y su todavía discutida fecha de cumpleaños se refiere a la subprefectura, primera entidad oficial que abrió sus puertas en el lugar. En los años siguientes, la población va ganando raíces. Se abre un registro civil, una capilla, una comisaría, un juzgado de paz, una estafeta postal, un puente –no en el pueblo pero sí sobre el río. Para 1895, todavía no hay hoteles, ni changarines, ni servicios y de los 132 habitantes una mayoría habla inglés, usa libras esterlinas y bebe gin traído de las lejanas islas. Hay "cinco o seis boliches que se llaman casas de comercio y un rancho con un billar cojo titulado el Café". Ya es común ver majadas de 20.000 ovejas y ya arranca un perfil urbano de techos a dos aguas de zinc.

La ciudad crece a toda velocidad. Antes de que el siglo se acabe tiene hotel –según los cronistas, confortable, de madera y con varias salas bien amobladas y cálidas en invierno–, multiplicó por ocho su población y es dominada por la gobernación, una casa nada destacable excepto por el violento rojo de sus techos. En 1899 un presidente, Roca, visita el lugar y al año siguiente se inaugura el Banco Nación.

Los años que siguen van dándole a la ciudad los mecanismo de vida urbana. Se funda un club, se abre una aduana, se habilita el servicio de aguas corrientes, se erige la primera escuela secundaria. El lugar no aumenta demasiado en población pero sí en actividad económica, con un puerto de notable movimiento y un frigorífico Swift dedicado a la carne de oveja. Por esa época, en 1935, Antoine de Saint Exupéry, todavía sin escribir su Principito, se hace habitué de Río Gallegos como piloto de la Compañía Aeroposta Argentina.

La década siguiente vio una gran actividad en la apertura de caminos que conectaran la capital con su interior, la llegada de los aviones Junker de pasajeros que permitieron llegar a Buenos Aires en "apenas" dos días, la inauguración de la primera línea de ómnibus –la Transportes Patagónicos, que llegaba a San Antonio Oeste– y las exploraciones de la industria petrolera.

En 1955, Santa Cruz pasa a ser provincia y elige a su primer gobernador. Río Gallegos había visto elecciones desde 1907, cuando se eligió al primer consejo municipal y a un juez de paz, con dos mesas electorales instaladas en el kiosco de la banda, en la plaza.

La ciudad hoy mantiene una interesante mezcla de lo viejo y lo moderno. Recorriéndola, todavía asoman casas originales de chapa y madera –la de la gobernación sigue allí toda roja– como el centro comercial, con sus balcones de hierro fundido. La catedral ya es monumento histórico, la "ría" tiene una agradable costanera, la ciudad ganó 80.000 habitantes. Hay un museo de los pioneros, restaurantes con corderitos de ensueño, buen comercio, agradables cafés. En 116 años de historia oficial, después de tres siglos de historia aventurera, Río Gallegos creció hasta ganarse el lugar de capital del sur.





El puente sobre el río Gallegos, rincón favorito de pescadores. Sobre la ría, la costanera.



La catedral, hoy monumento histórico nacional.

Recorridos

Río Gallegos es una buena base para recorrer la provincia de Santa Cruz. A 134 kilómetros –en escala patagónica, un pasito– rumbo al sur espera la reserva de fauna de Cabo Vírgenes, antiguo campo de buscadores de oro. Hasta abril, se congregan 160.000 pingüinos de Magallanes para hacer sus nidos, una visita única entre pichones y adultos. Muy cerca está el rancho Monte Dinero, que ofrece visitas guiadas, demostraciones de esquila y almuerzo típico. Más cerca de la capital hay otra estancia, la Güer Aike, que ya es un afamado lodge de pesca deportiva sobre el río, a 27 kilómetros del centro. A 60 está la Hill Station, dedicada a la equitación y las excursiones a caballo, con un pequeño museo con la historia de los pioneros fundadores. Vale la pena una escapada a Laguna Azul, un antiquísimo volcán devenido ojo de agua que exhibe un intenso color azulado. El extenso recorrido del lago local es un paraíso de pescadores, sobre todo de los que aprecian las truchas marrones de hasta doce kilos de peso.